

vilegios que le concedieron los reyes católicos, poco á poco fué confundiéndose en la oscuridad.

Cortes envió á los mejicanos el cadáver de Moteuhzuma, cuya vista excitó el mas tierno llanto; y, como sucede en casos semejantes, la mayor parte de sus súbditos, echando en olvido sus errores y debilidades, se deshacian en elogios suyos, y el recuerdo de sus virtudes hacia mas dolorosa su pérdida. Despues de quemarlo conforme al uso establecido, enterraron sus cenizas en Copolco, y no en Chapoltepec, como dicen algunos historiadores.

La muerte de Moteuhzuma fué fatal para los españoles, pues no teniendo los mejicanos ya el respeto que imponia su persona, redoblaban sus ataques cada vez con mas furia, hasta que Cortes determinó abandonar de noche la ciudad, conociendo que era imposible salvarse si emprendia su marcha de dia. Ordeada esta, dispuso que Sandoval mandase la vanguardia con 200 infantes y 20 caballos, Alvarado la retaguardia con la mayor parte de su fuerza, y él se colocó en el centro del ejército, donde iban los ilustres prisioneros que tenia en su poder, las dos hijas de Moteuhzuma, y los bagages, con cinco caballos y cien infantes para dar auxilio á donde fuese necesario. Las tropas de Tlaxcala, Chololan y Cempoalan, que pasaban de siete mil hombres, se repartieron en los tres trozos del ejército, y dispuesta así la marcha se dirigió por el camino de Tlacopan con el mayor silencio. La mayor parte de la tropa pasó felizmente la primera acequia; pero los sacerdotes que velaban en el templo observaron el movimiento de los españoles, despertaron á los habitantes con las trompetas, y en un momento corrieron todos

á las armas. Los españoles fueron atacados por tierra y agua por numerosos enjambres de enemigos furibundos, que estaban decididos á morir, con tal de que consiguiesen exterminar á aquellos aborrecidos huéspedes, que en pocos meses habian causado tantos trastornos y desastres en la capital. Mas la decision con que estos se defendieron no fué menor que la de los mejicanos, conociendo muy bien que si no peleaban á lo desesperado, aquella noche seria la última de su vida. Cortes acudia como buen general á todas partes, pasando las acequias á nado para animar á los unos, ayudar á los otros, é impedir que entrase el desórden en el ejército. La segunda acequia se llenó de tantos cadáveres, que la retaguardia pasó por encima de ellos, sin necesidad del puente portatil que se llevaba á prevencion; pero en la tercera se vió tan acosada, que Alvarado, no pudiendo hacer frente á los enemigos, ni pasarla á nado, sin evidente peligro, fijó su lanza en el centro de la acequia, y apoyandose en la extremidad de la hasta, se lanzó de un salto á la orilla opuesta.

La pérdida que hubo por ambas partes fué muy grande. De los españoles perecieron cerca de quinientos, y mas de cuatro mil de sus tropas auxiliares, entre ellos todos los chololtecas. Murieron tambien un hermano, un hijo y dos hijas de Moteuhzuma, su sobrino Cacamatzin, y los demas nobles prisioneros, excepto Cuicuitzcatzin, nuevo rey de Tezcoco. La pérdida de los mejicanos no es calculable, porque el mismo furor con que acometian los hizo pelear en desórden. Los tesoros acumulados por los españoles quedaron sepultados en la laguna, y todas estas desgracias hicieron que se diese á tan infausta noche el nombre de *noche triste*.

Cortes, despues de haber contemplado llorando las miserables reliquias de su ejército, se dirigió á Popotla al rayar el dia, descansó allí, y al siguiente emprendió su marcha para Tlaxcala; pero al acercarse á Otompan le salió al encuentro un numeroso y brillante ejército de mejicanos, que los españoles calcularon en doscientos mil hombres, sin duda por el miedo, creyendo que habia llegado su última hora. Pero era necesario pelear; y Cortes, que nunca desmayó por apurados que fuesen los lances en que se hallaba, dirigió una corta arenga á sus soldados, y entró en batalla. Duró esta cuatro horas, y la habrian perdido los españoles, si Cortes, viéndolos tan desanimados, no se hubiera dirigido contra el general mejicano que llevaba el estandarte nacional acordándose de que los mejicanos huian siempre que perdian esta insignia. Rompió las filas enemigas escoltado de sus mas valientes oficiales, hasta llegar al centro del ejército donde estaba el general, á quien derribó de un lanzazo. Entónces Juan de Salamanca se desmontó, le quitó la vida, y presentó á Cortes el estandarte, lo cual bastó para que la muchedumbre se pudiese inmediatamente en fuga. Los españoles la persiguieron, é hicieron muchos estragos, aunque por su parte hubo tambien grandes desgracias, pues á mas de haber muerto muchos, y salido todos heridos, incluso el mismo Cortes, perecieron todos los tlaxcaltecas.

Cuando los españoles llegaron á Tlaxcala fueron muy bien recibidos del pueblo, sin embargo de su derrota, lo cual da á conocer cuan sincera fué la alianza de esta república con ellos. Magiscatzin, que era uno de sus principales gefes, se distinguió en obsequiar á Cortes, y aunque habia perdido á su hija en la noche

triste, no por esto se entibió el grande afecto que profesaba al caudillo español.

Mientras este y los demas heridos se curaban y disponian de concierto con los tlaxcaltecas el modo de volver sobre Méjico, los mejicanos se preparaban á la defensa, y procuraban reorganizar el estado, que habia quedado acéfalo por la muerte de Moteuhzuma, y plagado de desórdenes á consecuencia de las revoluciones que habia sufrido. Los affigia el mayor de los males, la guerra civil; pues muchos personajes de la primera nobleza se habian declarado á favor de Cortes cuando se hallaba este sitiado por el hambre, y tal vez por consideracion á Moteuhzuma lo proveian secretamente de víveres. Las disensiones que de aquí se originaron fueron tales, que solo pudieron calmarse con la muerte de algunos nobles, entre los cuales perecieron Cihuacohuatl, Tzihuapopoca, Cipocatli y Tencuecuenotzin, hijos unos, y otros hermanos de Moteuhzuma.

Cuitlahuatzin, que fué su sucesor en el trono, reparó en el corto tiempo de su reinado muchos templos y casas destruidas, aumentó las fortificaciones, excitó á las provincias para que acudiesen á la defensa comun, prometió eximir de todo el tributo á los que se alistasen en las banderas de la patria, y en fin mandó embajadores á Tlaxcala con magníficos presentes, solicitando la alianza de la república. El senado oyó con atencion el mensaje, en el cual se manifestaban al vivo los horrores de que habia sido teatro la capital, y se exponian todas las razones de conveniencia pública que habia para estrechar los vínculos de la union entre Méjico y Tlaxcala; pues siendo todos de un mismo origen, hablando un propio idioma, y profesando el mismo culto, no de-

bian permitir que unos extranjeros viniesen á trastornarlo todo, mucho ménos cuando ya se habia visto que estos hombres orgullosos é inhumanos por la insaciable sed del oro habian atentado contra los santuarios, correspondido con ingratitud y perfidia á la bondadosa amistad del difunto rey, y violado descaradamente las santas leyes de la hospitalidad. Sin embargo de estas razones, y de que algunos senadores, entre ellos el célebre Jicoténcatl, apoyaron las proposiciones de Cuiclahuatzin, manifestando que seria mucho mejor conservar las antiguas costumbres de la nacion que someterse á los usos de aquella gente altiva y feroz, cuyo exterminio era muy fácil en aquella ocasion en que estaba tan débil y abatida, prevaleció el partido de los españoles, que era mas numeroso y estaba regentado por Magiscatzin, íntimo amigo de Cortes, y tan parcial suyo que arrebatado de cólera dió un golpe á Jicoténcatl en el calor de la disputa, y lo precipitó por las gradas del salon, llamándolo sedicioso y traidor á la patria. Así es como el espíritu de faccion suele prodigar al patriotismo acrisolado los insultos mas atroces. Jicoténcatl arrebatado del odio que profesaba á los españoles proponia, es verdad, una accion indigna y contraria al derecho de gentes; pero no merecia el epíteto de traidor á la patria: este convenia mejor á Magiscatzin, que la ponía á discrecion de sus enemigos.

Convalecidos los españoles de sus heridas, salieron á campaña ayudados de los tlaxcaltecas, é hicieron la guerra á las provincias de Tepeyacac, Quauhquechollan, Itzacan, Jalatzinco y Tochtepec, que ó se habian mantenido en la obediencia de Méjico, ó se le habian sometido de nuevo despues de la noche triste. Cuicla-

huatzin no se descuidó en mandarles oportunos y numerosos auxilios, como fué el ejército que hizo frente á los españoles en Quauhquechollan que se componia de cuarenta mil hombres; pero en todas partes se decidió la fortuna por Cortes; pues aunque en Tochtepec tuvo el sentimiento de que en el primer ataque le matasen al capitán Salcedo con ochenta españoles, pérdida irreparable en las circunstancias en que se hallaba, al fin se hizo dueño de la ciudad.

Mientras Cortes corria victorioso de provincia en provincia, y debilitaba el poder de los mejicanos para asegurar mas el golpe que preparaba á la capital, apareció en Anáhuac por primera vez el horrendo azote de las viruelas, cuyo contagio fue propagado por un negro esclavo de Narvaez. Entre las muchas victimas que arrebató fué la principal el rey Cuiclahuatzin, cuya muerte fué muy sensible á los mejicanos. Su reinado no pasó de cuatro meses, y si hubiera vivido, tal vez habria impedido la conquista, ó por lo ménos la habria hecho mas costosa á los españoles. Era hombre sabio y de gran talento, por confesion de su enemigo Cortes, y tan liberal y magnífico como su hermano Moteuhzuma. Su valor y pericia militar le grangearon la estimacion de los mejicanos, y los españoles conservaban indeleble su memoria, considerándolo autor de los desastres que padecieron en la noche triste. Cortes se indignaba tanto al acordarse de Cuiclahuatzin, que no pudiendo vengarse en su persona de los daños que recibieron sus soldados en aquella fatal noche por haber ya muerto, se vengó despues, como él mismo confiesa, en Iztapalapan, ciudad favorita de Cuiclahuatzin, en donde tenia un magnífico palacio, y un jardín de

que hacen grandes elogios los historiadores antiguos. Pueril venganza, que pudo haberle costado muy caro, pues los habitantes soltaron los diques de la laguna cuando los españoles se creían ya victoriosos, y habrían sido todos ahogados si permanecen tres horas mas sin advertir el peligro; pero la luna los favoreció, porque ayudados de su luz, no solo pudieron notar el crecimiento de las aguas que por momentos se amontonaban sobre ellos, sino emprender su retirada por el camino mas practicable, y aun así se ahogaron algunos.

CAPITULO XVII.

Sitio y toma de Méjico. Muerte de Quauhquemotzin, último rey de los mejicanos.

La relacion de los sucesos de la conquista exige una obra aparte; y ya por esto, como porque en ellos figuran principalmente los españoles, y el objeto de esta historia fué mas bien dar á conocer las costumbres y gobierno de los antiguos mejicanos, que referir prolijamente los acontecimientos de la ruina de su imperio, recorreremos brevemente estos últimos.

Muerto Cuitlahuatzin, fué elegido para sucederle su sobrino Quauhquemotzin, jóven de 25 años y de ánimo intrépido, y aunque no muy práctico en la guerra, siguió el plan de su predecesor, é hizo cuanto pudo por la defensa de sus súbditos. Por este tiempo reinaba en Tezcoco Coanacotzin, el cual con acuerdo de Quauhquemotzin mandó matar á su hermano Cuicuitzcat-

zin, rey de farsa, que se habia escapado de Tlaxcala, sin que se sepa el motivo, y fué tenido por espía de los españoles.

Mientras Cortes habia estado en Tlaxcala habia mandado construir trece bergantines para sitiar á Méjico por tierra y agua, como que de otra suerte era imposible impedir que los habitantes recibiesen socorros de todo género. Un soldado español llamado Martin Lopez, hizo uno que sirvió de modelo para los demas, de cuya construccion se encargaron los tlaxcaltecas. Así que estuvieron concluidos se dispuso la marcha por Tezcoco, de donde se fugó Coanacotzin á Méjico luego que se aproximó Cortes, el cual hizo proclamar por rey á Ixtlilxochitl. Este solo gozó de las apariencias de su dignidad, habiendo sido mas bien un ministro de la voluntad de los españoles, y el partido de estos se aumentó considerablemente con la exaltacion de un príncipe tan enemigo de los mejicanos, por lo que Cortes resolvió fijar en Tezcoco su cuartel general.

Entretanto que se disponia el sitio, viendo infructuosas sus negociaciones para que los mejicanos se sometiesen sin necesidad de emplear la fuerza, dirigió Cortes sus tropas contra varias provincias comarcanas, como fueron Huaxtepec, Yacapixtla, Quauhnahuac, Xochimilco é Iztapalapan, llevando el estrago y la desolacion á donde quiera que hallaba resistencia; y reunido despues el ejército en Tezcoco, y echados al agua los bergantines, se encaminó hácia á Méjico, dividiendo la fuerza en cuatro trozos. Alvarado se situó en Tlacopan con dos cañones, 30 caballos, 160 infantes y cinco mil tlaxcaltecas. Olid ocupó á Coyohuacan con casi igual fuerza española, dos cañones y veinte y cin-